La testigo

Ella ve cómo él arruina su propia belleza,
cómo ansía verter el ron dorado en el vaso
con un único cubo de hielo, el toque de jugo rojo,
cómo las venas filiformes se elevan hasta
la superficie de sus mejillas
en la forma en que las carpas en un estanque suben por pan.
Cada noche él vacía un paquete de cigarrillos
junto a la ventana de la cocina, aspirando el humo
profundamente con sus dañados pulmones donde las flemas
ya se están formando, esperando a ser lanzadas en la pileta,
el humo se esparce en sus venas, las plaquetas pegajosas se engrosan.
Es la única cosa que ha perfeccionado en su vida—
esa facilidad para arrugar un filtro sucio en un cenicero,
girando su fino perfil hacia ella al levantar
la bebida, su reflejo en el rectángulo negro de la ventana
flotando por sobre las luces de las casas vecinas.
Ella se siente incapaz de alejarlo de nada,
como un chico se siente incapaz entre los adultos
que determinan su futuro; ella ve que sólo está ahí
como una testigo, alguien que va a recordar
cada detalle con perfecta claridad,
hasta que lo peor pase,
hasta que sea demasiado tarde para salvar a alguien.

Los amantes

*Así el evento físico y el contenido de la mente humana
fueron inseparables.*

Harold J. Morowitz. *Redescubriendo la mente*

¿Qué quieren el uno del otro,
aquel hombre y mujer agarrados y tambaleándose
por la cocina, la lengua del hombre completamente
dentro de la boca de ella, los senos aplanados contra
su pecho, qué es lo que ellos parecen no

conseguir, por qué me parecen ser dos
personas amarradas juntas y luego empujadas por la borda,
que se hundan y retuerzan en la luz de la estufa?
¿Qué es lo que los hace parecer tan desesperados
cuando solo se están besando, realmente solo es

una memoria de besarse; por qué pienso en ellos y siento
mis pulmones quemarse, mi corazón llenarse de agua?
Quiero que se liberen el uno del otro y que alcancen
la superficie otra vez, o si no quiero
que se apuren, quiero que se ahoguen. Pero siguen

y siguen hasta que estoy exhausta, hasta que me acuesto
y finalmente dejan de importarme. Los sello en una caja
como en la paradoja que postuló el científico—
el gato de Schrödinger, que mientras que no mires
puede estar vivo o muerto. Los estoy poniendo ahí

con el frasco imaginario de veneno,
el martillo hipotético, con sus cartas

y pequeños regalos, las fotos que dicen
que son felices, y no voy a mirar más,
no voy a matarlos ni a salvarlos.

Última llamada

Es la hora en la que todos están borrachos
y el bar se vuelve maravilloso, la música
se arremolina sobre las cabinas rojas,
el humo se eleva de los cigarrillos abandonados y en cada vaso
el cubo de hielo se parte en otro hielo, disolviéndose;
es cuando un extraño codea a otro
y le dice, mirando a la fila borrosa de picos vertedores,
Escuché que prohibieron lanzar enanos en Francia,
y el segundo hombre asiente
y apoya la cabeza sobre la superficie resbaladiza del bar,
no le importa si muere allí, quiere, en realidad, morir ahí
entre los buenos amigos que se encontró, la mejilla
en un charco de cerveza derramada.
Es cuando la mujer en la esquina se levanta
tambaleándose hacia el centro del salón,
y deja su blusa acomodada sobre un banco. Alguien está comprándole
a la casa una ronda final, llaman a los taxis,
y los dioses que tratan de salvarnos de nosotros mismos
nos toman del cuello, gentilmente,
y nos dejan caer en la noche, es la hora
de los ciegos, y los muertos, de amores perdidos
que vienen a reclamarte, finalmente, abriendo
la puerta vaivén, repitiendo una y otra vez
un nombre que debe ser el tuyo.

El asunto

Algunos hombres rompen tu corazón en dos...

Dorothy Parker, *Experiencia*

Algunos hombres te llevan a la cama con las botas puestas.

Algunos hombres dicen tu nombre como un tic verbal.

Algunos hombres te estampan una sobrecarga emocional por cada
[encuentro erótico.

Algunos hombres son enfermos mentales leves y están pensando en
[ir a un gimnasio.

Algunos hombres han dado vuelta la página y no pueden ser seducidos,
[ni siquiera en los bares de ensueño donde los encontraste.

Algunos hombres que eran jóvenes tienen ahora la edad que tenías entonces.

Algunos hombres no se contentan con un mero daño, tienen que
[quemarte por completo.

Algunos hombres a los que redujiste a cenizas están finalmente
[sacudiéndose el polvillo.

Algunos hombres están hechos de fibra de vidrio.

Algunos hombres tienen agujeros profundos perforados por una guerra,
[no podés llenarlos.

Algunos hombres son delicados y están rotos.

Algunos hombres te robarán tu brazaletes si les permitís pasar la noche.

Algunos hombres querrán cogerse tus poemas, y en vez de eso, te
[encontrarán a vos.

Algunos hombres dirán: “quisiera ver cómo lucís cuando llegás” y luego
[llamarán a un taxi.

Algunos hombres son una lista de ingredientes sin receta.

Algunos hombres nunca te ven.

Algunos hombres te venderán los ojos durante el sexo, y luego
[secretamente se pondrán stiletos.

Algunos hombres se probarán tus medias de red negras en un hotel en Roma,

[o te atarán con film plástico a la pata de una cama en Nueva Orleans.
Algunos de estos hombres valdrán la pena.

Algunos hombres escribirán reseñas confusas y condescendientes de
tu trabajo, recordándote estas líneas de Frank O'Hara:

No puedo pensar en vos/sino como lo que eres: el asesino/de mi huerto.

Algunos hombres, enfrentémoslo, son realmente muy pequeños.

Algunos hombres son muy grandes, pero eso no es usualmente un
[factor no negociable.

Algunos hombres no tienen uno en absoluto.

Algunos hombres te abofetearán de una forma que te gustará.

Algunos hombres querrán meterse dentro tuyo hasta morir.

Algunos hombres nunca se hacen cargo del asunto.

Algunos hombres te darán sus corazones como folletos,

y los corazones de algunos hombres parecen dar vueltas por siempre:

[los ves en las noches despejadas,
puntos brillantes entre las estrellas, y esperarás que se salgan de órbita
[para que caigan en la tierra.

Poema colapsado

La mujer está parada en la entrada, sollozando.
El hombre está justo dentro de la casa,
apoyado contra el marco de la puerta. Es tarde, una
neblina húmeda ha dejado una fina capa sobre las ventanas
de los autos en la calle. La mujer está borracha.
Le ruega al hombre, pero él no la deja entrar.
Digamos que importa lo que ha pasado entre ellos;
digamos que no podés juzgar de quién es la culpa,
dada la falta de contexto, debido a tus propios fracasos
con las personas que más deseabas amar.
O quizá ya no te preocupen.
Quizá necesités una forma
de ponerte en escena, un detalle menor
que los hará parecer tan reales que tratarás de entrar
en esta página para evitar que se hagan
uno al otro lo que le has hecho a alguien,
en algún lugar: pensás en eso por un momento,
mientras ella sigue llorando, y él habla
con una voz tan medida y calma
que pareciera estar hablándole a un niño atemorizado por algo
totalmente común: la oscuridad, el trueno,
la frialdad del corazón humano.
Pero ella no está escuchando porque ahora
ella le está pegando, golpeando con los puños
el pecho en que apoyó la cabeza tantas noches.
Y ahora, si te sentís conmovida, es porque
estás pensando con remordimiento en la persona
que este poema te ha hecho recordar,
y lo que más querés es lo que quiere el hombre
en el poema: que ella se calle.

Y si solamente pudieras manejar por esa calle
y emerger de la niebla, quizá podrías
hacerla callar, pero no puedo.
Todo lo que puedo hacer es pararme en esa puerta abierta
empeorando las cosas. Ese es mi talento,
es por eso que este poema no quedará terminado
a menos que me saques de él, lejos de ese hombre;
por el amor de Dios, apurate, frená y mantené
el motor encendido y llevame dondequiera que vayas.

Por vos

Por vos me desvisto hasta la vaina de mis nervios.

Me saco las joyas y las pongo en la mesa de luz,
desengancho mis costillas, y extiendo mis pulmones sobre una silla.

Me disuelvo como un remedio en agua, en vino.

Me derramo sin manchar, y me voy sin mover el aire.

Lo hago por amor. Por amor, desaparezco.

Elegía para Jon

El haz de luz del faro pasa sobre mí.
Nunca confié en el mar, siempre metiéndose
en las caletas, esparciendo símbolos de sal
sobre los hoteles de los turistas, reduciendo
embarcaciones y botes de remo a palitos. Suelo
encontrarme, a su lado, deseando
que se convierta en un lago
con quizá un muelle flotando cerca de la costa.
Si no fuese un lago, entonces un río
entre despeñaderos. Si no fuese un río
entonces un piano iluminado por la luna
provisto de peces. *Toca irremediamente
con la tapa cerrada,*
Satie escribió en una de sus partituras
pero nunca descubrí en cuál
o cómo sonaba la música.
Pero esta es una dirección en la que iría
una playa donde feas algas marinas
y una tecla del piano amarillenta son arrojadas
del océano. Desearía que la tierra
hubiera esperado un poco más
antes de tragarse a mi hermano.
Desearía que el mar dejara
de tragarse su nombre, mientras continúa
besando la arena, dejando
otra fría corona de flores a mis pies.